HISTORIA y ENSEÑANZAS

CRÓNICAS DE LA VIDA DE JESÚS

📖 Este documento 176, Jesús anuncia la destrucción de Jerusalén, advierte sobre falsos líderes y persecuciones, aclara que su reino es espiritual y que su retorno será futuro e imprevisible. Exhorta a vivir en fe, servicio, vigilancia y confianza en el Padre

Al atardecer de ese martes histórico, Jesús y sus apóstoles abandonaron el recinto del templo para dirigirse a su refugio cerca de Getsemaní. Mientras caminaban por las laderas del monte Olivete, Mateo se maravilló ante la majestuosidad arquitectónica de los edificios sagrados. Jesús aprovechó este momento para pronunciar una profecía sobrecogedora: la destrucción total del templo, afirmando que no quedaría piedra sobre piedra. Los doce, sumidos en la incredulidad, no podían imaginar que tales estructuras pudieran caer sin que llegara el fin de la edad. Tras sentarse a la luz de la luna llena, Natanael planteó la pregunta que inquietaba a todos sobre cuándo sucederían estos cambios. Este entorno de soledad y expectación permitió al Maestro ofrecer una enseñanza profunda que separaba la tragedia nacional de la esperanza espiritual eterna.

Jesús advierte a sus seguidores sobre la aparición de falsos libertadores que engañarán a muchos con promesas materiales. Señala que las guerras, hambres y terremotos son solo el comienzo de las tribulaciones y no el fin inmediato. Predice que los discípulos sufrirán persecución, prisión y rechazo incluso por parte de sus familiares, pero les asegura que el Espíritu de la Verdad les otorgará sabiduría para testificar ante las autoridades. Resalta que el evangelio del reino debe ser proclamado a todas las naciones antes del desenlace. El Maestro identifica una señal definitiva para la seguridad física de los creyentes: cuando vean a los ejércitos romanos rodear la Ciudad Santa, deberán huir a las montañas. Explica que este desastre es la consecuencia de la ceguera espiritual y advierte que Jerusalén será finalmente pisoteada por los gentiles.



Imágenes generadas por IA

Ante la persistente confusión de los apóstoles, que vinculan erróneamente la caída de Jerusalén con el fin del mundo, Jesús aclara que su reino es espiritual y no de este mundo. Promete que regresará al Padre para reasumir su autoridad pero que volverá personalmente a Urantia en el futuro, ya no en la carne, sino en espíritu y poder. Enfatiza que el momento exacto de su retorno es un secreto del Paraíso, desconocido incluso para las ángeles del cielo. Utilizando la analogía de la higuera, les enseña a reconocer la llegada de una nueva dispensación mediante la percepción de los signos espirituales. No obstante, recalca que la enseñanza más trascendental es que cada individuo afrontará su propio fin de la edad y su juicio personal en el instante inevitable de la muerte natural.



En Getsemaní, Tomás pregunta cómo deben actuar los discípulos durante la ausencia física de Jesús. El Maestro explica que el reino es una experiencia interna basada en la fe de ser hijos de Dios. Afirma que los colapsos materiales carecen de importancia para quienes han asegurado su vida en la realidad eterna del reino.

La vida es un regalo divino y está eternamente segura en manos del Padre. Jesús insta a sus embajadores a crecer continuamente en gracia y conocimiento, produciendo frutos abundantes de servicio. Les recuerda la necesidad de permanecer alerta y fieles a sus responsabilidades, advirtiéndoles que la medida de su lealtad se verá reflejada en el trato amoroso que dispensen al más humilde de sus hermanos.



Jesús promete regresar al mundo donde vivió como mortal, aunque esta promesa ha sido malinterpretada como un anuncio del fin de los tiempos. Ya envió su Espíritu de la Verdad, pero asegura una futura visita perceptible solo para la fe espiritual. Esta segunda venida tiene un profundo valor universal y, para cada individuo, la misma trascendencia que la muerte, que conduce a su presencia. Por ello invita a vivir preparados, con fe activa y la alegría de la filiación divina



Imágenes generadas por IA